



MUNICIPALIDAD DE

LIMA



BICENTENARIO
PERÚ 2021

Lecciones para niños y niñas



Pilar Pascual de Sanjuán

PILAR PASCUAL DE SANJUÁN

LECCIONES PARA NIÑOS Y NIÑAS



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

Pilar Pascual de Sanjuán

Nació el 23 de octubre de 1827 en Cartagena, España. Fue escritora, pedagoga y pionera del feminismo.

Incurrió en la literatura desde temprana edad, gracias a las enseñanzas de su madre, quien supo prodigarle una buena educación. Después de contraer matrimonio por primera vez, abrió una escuela privada para niñas, pero posteriormente ingresó al magisterio público, donde inició una gran carrera como maestra y prolífica escritora. Fue redactora de la revista *El monitor de la primera enseñanza*, así como de variadas obras dedicadas a fomentar la educación moral. Ejemplo de ello son los libros *Preceptos morales para la infancia, basados en hechos históricos* (1864), *El sendero de la virtud: leyendas morales dedicadas a los niños* (1877) y *Breve tratado de urbanidad para las niñas* (1884). En 1897 publicó *Noches de estío: cuentos para niñas y niños*, volumen que incluye una serie de relatos para el público infantil. Asimismo, se le recuerda por su colaboración en la primera revista de mujeres en catalán llamada *El Llar*, gracias a la cual tuvo la oportunidad de denunciar la desigualdad salarial entre hombres y mujeres.

Falleció el 18 de noviembre de 1899 en Barcelona.

Lecciones para niños y niñas

Pilar Pascual de Sanjuán

Christopher Zeceovich Arriaga
Gerente de Educación y Deportes

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Asesor de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Gestora de proyectos educativos

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Yesabeth Kelina Muriel Guerrero
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Andrea Veruska Ayanz Cuéllar
Diseño y concepto de portada: Leonardo Enrique Collas Alegría

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2021

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

LECCIONES PARA NIÑOS Y NIÑAS

EL SALTO DEL CASTIGO

El barón de la Estrella era hijo único, mimado de sus padres, adulado de los criados y dependientes, y tan orgulloso de su título y fortuna, que era imposible tratarle sin reírse de su fatuidad o irritarse contra su desmedida soberbia.

Tenía el tal joven una nodriza a quien amaba un poco a su manera, y que a su vez experimentaba por él un cariño profundo, mezcla de respeto, que era lo que el orgulloso noble quería inspirar a los demás.

El barón, que había perdido ya a sus padres y era dueño de su fortuna, recibía alguna vez en su opulenta casa de la ciudad a la que le había alimentado con su sangre; no le tendía la mano, contestaba con una desdeñosa sonrisa a sus cariñosas y apasionadas frases, y le permitía comer con los criados. Esto bastaba a la tierna abnegación de la pobre viuda.

Alguna vez el baroncito mandaba a su mayordomo que entregase algunas monedas a la nodriza.

Un día, Ramón, hijo de la viuda, fue a llevar la noticia a su hermano de leche de que aquella estaba enferma de gravedad: el noble, sin recibirle, contestó por conducto de un criado que ya iría a verla cuando pudiese.

Dos días después montó a caballo y se dirigió a la choza en que su nodriza habitaba: cerca de la puerta, sentado al pie de un árbol se encontraba Ramón, que se levantó regocijado.

—Gracias a Dios, señor barón. ¡Cuánto deseaba mi madre ver a V. S.! —exclamó, y en su efusión tendió la mano al noble, que le dijo rechazándole con ademán de indescriptible orgullo.

—¡Quita, necio! ¿Te atreverías a tocarme?

—Dispense V. S. —replicó el labriego,— devorando aquel ultraje y tomando la brida del caballo que su hermano de leche le arrojaba, mientras él entraba a visitar a la nodriza, admirándose a sí mismo por aquella acción tan humilde.

La mujer le tendió los brazos, él hizo como que no la veía y le dijo algunas palabras de consuelo, retirándose poco después.

Al día siguiente falleció la viuda; el barón mandó algún dinero para su entierro, y Ramón se lo devolvió diciendo que los pobres no necesitan oro para sus honras fúnebres, pues les basta que sean modestas si van acompañadas; de las oraciones de sus hijos.

Algún tiempo después, el de la Estrella salió a dar un largo paseo y se extravió en una vasta llanura; corría por ella un riachuelo, el joven sabía que tenía puente, pero no le encontraba; así se determinó a vadear el río con su caballo, porque la noche avanzaba y temía que le sorprendiese en aquella soledad.

Entró pues, pero con gran sorpresa vio que tenía mucha profundidad y tan violenta corriente que jinete y caballo fueron arrastrados por ella. El barón gritaba desesperado pidiendo socorro, cuando acertó a pasar Ramón por la solitaria orilla.

El labriego comprendió que, arrojándose al río, que en aquel lugar precipitaba su corriente para llegar al salto

que movía la rueda de un molino, era casi imposible salvar al noble al paso que su propia vida corría peligro; no quiso, pues, exponerla por quien tan poco lo merecía, pero vengativo y mal educado, tuvo la crueldad de recordarle su falta en aquel supremo instante.

—¡Ah!, ¿es V. S., señor barón? Lo siento, pero no me atrevo a tocarle.

—Ramón, ¡perdóname!

—Señor barón, aguarde V. S., voy a buscar un noble que sea digno de tocar su cuerpo —y se alejó.

El barón pidió en vano misericordia.

Al llegar a la espumosa cascada alzó los brazos al cielo exclamando:

—¡Maldita sea mi soberbia!...

Más de cien años han pasado, y todavía las madres que quieren preservar a sus hijos del orgullo les cuentan el trágico suceso, a la vista de la bramadora corriente, que ha recibido el nombre de *Salto del castigo*.

Todos aplaudieron a la narradora por su buena memoria y por la concisión y exactitud con que había referido el suceso, la madre de Pepito dijo además que la lección no podía ser más oportuna; y dirigía la vista a su hijo, que con los ojos bajos, triste y confuso guardaba profundo silencio.

—¡Pobre barón!—dijo María suspirando.

—La terrible desgracia que experimentó la tenía bien merecida —observó su padre—, sin embargo, hija mía, haces bien en compadecerle; pero quien no tiene disculpa, quien obró de un modo execrable, fue el vengativo Ramón. Si hubiese olvidado su injuria, si le hubiera salvado, tal vez su hermano de leche con este buen ejemplo y con la experiencia que entrando en años habría adquirido, hubiera llegado a corregirse de su indómito orgullo.

PAQUITA LA PEREZOSA

Paquita era una niña de buen corazón y bastante bien educada, pero dotada de un temperamento linfático, y tan dominada por la pereza, que muchas veces se dejaba vencer por ella aún a riesgo de desagradar a sus padres, a quienes, por otra parte, amaba tiernamente.

El levantarse de la cama, el vestirse para ir al colegio, el estudiar sus lecciones, todo eran cosas que se le habían de mandar una y otra vez para que al fin las ejecutase.

Sentada en un rincón, jugando con su muñeca, se le pasaban las horas sin sentir, y cuando su mamá le recordaba que debía estudiar sus lecciones o resolver sus problemas de aritmética, respondía perezosamente.

—Ya lo haré más tarde.

Llegaba la noche y los ojos de Paquita se cerraban a pesar suyo, apoyaba el bracito en la mesa y la cabeza sobre él, sin que fuera posible, humanamente, hacerle abandonar aquella postura.

—¿Ves cómo no has estudiado? —le decían sus padres.

—Ya estudiaré mañana —contestaba con soñolienta voz la perezosa.

Al día siguiente, se despertaba a la hora precisa de ir al colegio, no sabía la lección y recibía reprensiones y castigos.

Eran los padres de nuestra amiga labradores acomodados de un pueblecito poco distante de Zaragoza, y como no tenían criadas, sucedía muchas veces que varias cosas quedaban sin hacer por no poder ejecutarlas la madre por sí misma.

Al llegar la niña de paseo se quitaba el vestido y le colgaba sin limpiarle, sin ver si le había saltado un corchete o se había descosido alguna costura; su madre limpiaba el suyo y le mandaba que la imitase, pero ella daba su acostumbrada respuesta:

—Ya lo haré mañana.

Sucedía, no obstante, muchas veces que al día siguiente no se acordaba o no podía hacerse superior a su pereza, llegando el momento de volverse a poner su traje encontrándolo roto, sucio o descosido.

Tenía la niña un precioso canario, al que quería tanto, que llegaba alguna vez su pasión por él a hacerle abandonar sus juegos, vencer su pereza y ponerle alpiste, agua clara y hasta limpiarle la jaula.

Una noche el pajarito revoloteaba inquieto en lugar de dormir sobre su caña, y la madre preguntó a la niña, que dormitaba como de costumbre:

—¿Cuánto tiempo hace que no has arreglado el pajarito? Porque yo he estado muy ocupada estos días y no he cuidado de él.

—No sé, tres o cuatro días.

—¿Pues por qué no le arreglas en seguida?

—¡Ya lo haré mañana! De noche tampoco comería.

Al día siguiente el lindo canario estaba muerto. Paquita lloró, pero no aprendió a vencer su desidia.

Tenían en un huerto, dentro de la casa, una parra joven, que había producido pocas uvas, pero de excelente calidad, cual no la había en todo el pueblo, y habían

resuelto dejarlas sazonar en la planta y guardarlas después colgadas para el invierno.

Una tarde, dijo su padre a la joven perezosa.

—Las uvas ya pueden cogerse.

La niña consultó con su madre la conveniencia de aplazarlo para el siguiente día.

Esta fue de parecer de que se cumpliese sin demora la orden del jefe de la familia, pero añadió que no podía ayudar a su hija en esta operación porque se hallaba indispuesta.

—¡Pues bien, ya lo haremos mañana! —contestó resueltamente la niña.

Aquella noche una densa nube descargó en agua y piedra sobre el pueblo, y las excelentes uvas quedaron unas tronchadas, enteramente inservibles, otras mojadas, próximas a podrirse, todas inútiles para el objeto que se las destinaba.

El padre reprendió severamente a la perezosa, pero otra durísima lección le reservaba la Providencia.

Algunos meses después, fue a la capital a pasar una temporada con ciertos parientes, que querían mucho a la familia, y cuando estaba más a gusto entregada a una vida de descanso y de diversiones, recibió carta de su padre en que le participaba que su madre se hallaba enferma de alguna gravedad y deseaba verla.

El laconismo de la carta hizo comprender al pariente en cuya casa se hallaba Paquita que la cosa era más seria de lo que el esposo de la enferma dejaba comprender, y le dijo:

—Aún faltan dos horas para la salida del tren; si quieres marchar hoy mismo, yo te acompañaré.

—¿Para qué tanta precipitación? Ya marcharemos mañana —replicó Paquita.

No insistieron los de la casa, temerosos de que ella creyera que deseaban su partida, y salieron veinticuatro horas más tarde de lo que debieran y pudieran haberlo efectuado.

Cuando Paquita entró en la casa paterna, hacía pocas horas que su madre había expirado, sin bendecirla, sin darle el postrero adiós, tal vez maldiciendo su abominable pereza...

Desde entonces, si bien no se distinguió por su actividad, la joven recordó con dolor y remordimiento este suceso, y lo que podía hacer hoy procuraba no dejarlo para mañana.

Un suceso que podía haber tenido terribles consecuencias acabó de borrar en ella los últimos vestigios de la pereza.

Paquita contrajo matrimonio con un rico propietario y el cielo la hizo madre de un precioso niño. Rafael se llamaba, y era un verdadero arcángel por lo bello, robusto, dócil y cariñoso; únicamente causaba disgusto a sus padres porque sus continuas travesuras le ponían con frecuencia en peligro.

La madre le amaba con ternura, pero el padre sentía por él una verdadera idolatría, diciendo repetidas veces a su esposa:

—Paquita, no pierdas de vista al niño, mira que es muy travieso. No lo entregues ni por un momento a las criadas, que nunca pueden tener el interés que nosotros, ve a paseo, a casa de tus amigas donde quieras, pero que te acompañe siempre la criada con Rafaelito.

—Tampoco podré coser ni bordar —decía ella riendo.

—No, porque he reparado que emprendes la labor con demasiada afición y tienes pereza de dejarla. Da toda la ropa a la modista o a la costurera, y en cuanto a esos bordados que te retienen delante del bastidor horas enteras, déjalos estar; primero es el niño.

Era cierto lo que decía el marido. Paquita estaba bordando una preciosa alfombra de tapicería, y como para esta labor no se necesita discurrir mucho ni desplegar gran actividad, Paquita le había tomado extraordinaria afición, y pasaba hora tras hora encariñada con su bordado; sin vestir, sin peinar y sintiendo tener que dejarlo para comer.

A la sazón tenía Rafael tres años.

La casa era grande, con jardín, en medio del cual había una balsa, que por tener la barandilla de poca elevación era la pesadilla del amo de casa.

—Señora, ¿saldremos esta tarde V., el niño y yo?
—preguntaba la criada.

—No, quiero bordar un rato con tranquilidad
—contestó la interrogada.

—El niño tiene ganas de ir a paseo.

—Quien las tiene es V., ya iremos otro día. Entretenga V. a Rafael en el jardín, pero cuidado con la balsa.

El jardín tenía bastante extensión, y la muchacha por evitar el peligro se fue todo lo lejos que pudo de la terrible y amenazadora balsa, tomando su labor de crochet, en la que, por ser poco práctica, ponía como suele decirse «los cinco sentidos». El chiquitín correteaba alrededor de ella.

Haría cosa de una hora que Paquita bordaba, cuando de pronto le ocurrió esta idea tan propia de una madre:

«Hace rato que mi hijo no ha venido a darme un beso, ni a dirigirme preguntas, ni a inquietarme. ¿Qué estará haciendo? ¡Alguna diablura!». Acabando este clavel, continuó diciendo en su interior: «Voy a buscarlos, porque Rosa tampoco se ve ni se oye».

A pesar de su propósito, antes de concluir la flor, una inquietud desusada e impropia de su carácter flemático, se apoderó de ella, y empezó a llamar al niño y a la muchacha.

Esta contestó.

—¿Dónde está el niño?

—No lo sé, señora, ahora mismo estaba aquí, pensaba que había ido con usted.

Al concluir estas palabras ya la señora había salido gritando:

—¿Cómo que no lo sabe usted?...

Y enloquecida de terror, voló más bien que corrió al jardín.

Rafael había caído de cabeza en la balsa y sin poder gritar se revolvía dentro del agua.

Le sacaron de inmediato, y como hacía pocos segundos que había caído, y se llamó inmediatamente un médico que le prestó los auxilios necesarios, el accidente no tuvo fatales consecuencias.

Cuando el padre del niño llegó a su casa, increpó duramente a su esposa y despidió a la criada.

«Un ángel me avisó sin duda, pensaba Paquita, si yo aguardo a concluir la flor que bordaba, mi hijo muere ahogado».

Este suceso acabó de corregirla, y desde entonces, cuando cree necesario hacer alguna cosa no la deja para el día siguiente ni la demora un solo instante.

—¿Cuándo concluye usted la alfombra? —le preguntaba una amiga.

—Cuando mi hijo no necesite mi constante vigilancia.

EL BUEN EMPLEO

La bella Carlota era una jovencita de buen corazón y claro talento, pero tenía la desgracia de no abrigar en su alma el sentimiento religioso. No había conocido a su madre, había salido del colegio en edad temprana, y su padre, que era un desgraciado filósofo materialista, hablaba en su presencia de las creencias religiosas de los demás con irónico desprecio.

La sociedad que cultivaban no era la más a propósito para inspirarle la piedad y la devoción de que carecía, pues alternaba con jóvenes frívolas que no tenían otra idea que la de lucir y divertirse, ni otra deidad que la moda, ni más culto que el de su propia belleza.

Carlota iba a misa como a paseo o al teatro, porque iban las demás; pero sin devoción, sin piedad, sin sentimiento. Por lo demás estaba medianamente instruida en las ciencias humanas, hablaba tres idiomas, cantaba con buena voz y pintaba regularmente.

Contrajo íntima amistad con una viuda joven que también cultivaba las bellas artes, y esta le enseñó sus cuadros, que eran todos de asuntos religiosos.

Carlota vio una *Dolorosa* de Gabriela y se quedó pensativa porque veía que en sus cuadros faltaba algo, y aunque no era envidiosa sentía la emulación del artista. Su amiga le permitió copiarla, lo hizo con corrección y elegancia, con bellissimo colorido, con acierto en la combinación de la luz y las sombras; pero no quedó satisfecha.

—Mis cuadros no valen lo que los tuyos —dijo con despecho.

—Y sin embargo, repuso la viuda, la cara de tu Virgen es más hermosa que la de la mía.

—Pero dime la verdad, amiga mía, ¿no es cierto que a la mía le falta alguna cosa?

—Lo que le falta a la rosa de tu sombrero, comparada con la que se mece en ese rosal, que sin embargo no es tan bonita.

—¡Luego le falta vida y perfume! —dijo Carlota con tristeza.

—Cuando has pintado esa Virgen, ¿pensabas en su imponderable amargura, en su inmenso amor a los pecadores, y en la sublime misión que desempeñó sobre la tierra? Cuando pintabas el Cristo, ¿estabas conmovida al recordar que aquel varón de dolores era Dios?

Carlota se sonrió.

Mientras no desaparezca de tus labios esa escéptica sonrisa, no pintarás con sentimiento, porque nadie puede dar lo que no tiene, y a tus cuadros les falta el perfume de la ternura, de que carece tu alma.

—Dichosa tú, Gabriela.

—Sí, dichosa en medio de las amarguras de la vida, porque no voy por la errada senda que a ti te conduce al abismo de la impiedad.

—Pues dirígeme, enséñame.

—Sí, lo haré, te serviré de madre, y aprenderás a llorar, a rezar y a sentir; entonces serás tú y tus obras la rosa del jardín, llena de vida y de perfume.

En efecto, la viuda cumplió su palabra.

¡Con cuánto entusiasmo, con cuánta ternura se consagró a desterrar de aquella alma virgen las ideas; materialistas en que se había educado, y los errores en que había crecido!

¡Con cuánto placer observó que los sentimientos de su amiga se suavizaban y embellecían a impulsos del nuevo giro de sus pensamientos!

El padre de Carlota, a pesar de su avanzada edad, vivía entregado a los vicios; era jugador incorregible, gustaba también de los convites y francachelas, que celebraba con los amigos, y se cuidaba muy poco de si Carlota estaba sola o mal acompañada, que es cien veces peor.

La nueva amiga había conquistado de tal suerte a su educanda, que esta iba abandonando poco a poco sus antiguas relaciones.

—¿Por qué no vienes a casa? —le decían una tarde dos jóvenes casquivanas, que tenían una madre aún más frívola que ellas.

—Estos días estoy muy ocupada.

—¿Qué, te haces tú los trajes?

—No por cierto.

—Pues no comprendo en qué puedes estar ocupada.

—Ya sabes que soy aficionada a la pintura.

—Sí, en el colegio recuerdo que hacíamos pequeños cuadros a la aguada.

—Pues bien, después alcé más el vuelo, tomé un maestro y me he dedicado a pintar al óleo. Yo sola copié una Virgen de los Dolores.

—Sí, ya nos la enseñaste —dijo la menor de las hermanas—, era muy bonita aquella Virgen, pero tenía una cara que parecía una chiquilla que llora porque le han dado unos azotitos.

Carlota se sonrojó. Era la misma observación de la viuda, pero hecha en tono zumbón.

—Tú tampoco pintarías bien una *Dolorosa*
—respondió—, porque no hemos sufrido y no sabemos sentir.

—Ni ganas. Pero sepamos ¿qué haces ahora?

—Copio una *Purísima*.

—¿Con culebra y todo?

—Con culebra y todo.

—¡Qué cosa tan vista!

—Pero es un pensamiento delicado. ¡Si yo supiera espiritualizarla!

—Vamos, chica, te vuelves muy mística.

—Lo que se vuelve es muy tonta —dijo la madre, interviniendo con tono de autoridad.

—¡Vaya, vaya, nosotras que nos pensábamos que estabas enferma, y te estás ahí pintando monadas!
—añadió la otra hermana.

Semejantes conversaciones sostuvo con otras de las que hasta entonces había tenido por amigas, y comparando su carácter con el de Gabriela, crecía más su estimación por esta última.

Carlota concluyó su cuadro, y Gabriela lo examinó detenidamente, como también algunos artistas y aficionados, conviniendo todos en que valía más que la *Dolorosa*, pero que dejaba bastante que desear.

—¿Por qué no pintas un cuadrito de menos pretensiones? —le dijo su amiga.

Entonces, sin modelo, trazó un cuadro de asunto sencillo, que representaba una merienda en el campo. Era de una naturalidad encantadora; una madre sentada en un ribazo amamantaba a su hijo menor, mientras, los demás alegres y sonrientes daban cuenta de su ración; el cielo, dorado por el sol poniente, era magnífico, y la atmósfera que rodeaba a los personajes diáfana y sutil.

Aquel cuadro mereció el aplauso de los inteligentes; más pronto, la novel artista tuvo que suspender sus agradables tareas, al mismo tiempo que el autor de sus días daba también de mano a sus convites y diversiones.

Ambos efectos obedecían a una misma causa: el viejo calavera había sufrido enormes pérdidas en el juego, lo cual le afectó dolorosamente, y como quiera que su naturaleza se hallaba gastada por su mala conducta, contrajo una enfermedad que los médicos declararon mortal, atendidas las antedichas circunstancias y la avanzada edad del paciente.

Carlota se instaló a la cabecera del lecho del enfermo, y le prodigó como buena hija todos los cuidados que la gravedad de su estado requería. Gabriela la ayudó constantemente y en cuanto a los compañeros de fonda y de café del padre, y, las amigas que habían acompañado a la hija al paseo y al teatro se limitaron a enviar un recado o a dejar su nombre en la lista que estaba sobre la mesita del recibidor.

La enfermedad no fue larga, y al fallecer el mal aconsejado anciano quedó la huérfana sin recursos, pero encontró en Gabriela una amiga cariñosa, mejor dicho, una tierna hermana, que le suplicó se trasladase a su domicilio, esforzándose en demostrarle que no había en ello ningún género de sacrificio de parte de la viuda, antes bien sería para ella una dicha (ya que

había renunciado a contraer segundas nupcias, y que no tenía parientes cercanos) el hallarse en compañía de una persona tan amable y tan querida, y a quien había inspirado sentimientos semejantes a los suyos.

Los días de las dos amigas se deslizaban tranquilos y felices, recibían visitas un día a la semana, salían poco de casa y empleaban el tiempo en lecturas útiles y agradables, en las labores propias de señoras, y muy principalmente en la pintura, su arte favorito.

Gabriela daba la última mano a un cuadro de la Anunciación, mientras Carlota había empezado otro, al paso que místico, tierno y risueño. Era el interior de la casa de Nazaret, pero tan original, tan bello en el conjunto y los detalles, que su amiga le aconsejaba que en cuanto estuviese terminado lo llevase a una exposición que debía celebrarse en París, algunos meses más tarde.

¡Mas, ay!, ¡que la felicidad humana es transitoria, y pronto las negras nubes del infortunio vienen a ennegrecer el sereno horizonte del que disfruta un corto plazo de relativo bienestar! Un fuerte constipado al que no se concedió importancia al principio, retuvo a Gabriela en el lecho y, a pesar de las instancias de su

amiga, no llamó al médico hasta que se convenció de que los remedios domésticos no eran bastante eficaces para combatir el mal. Desgraciadamente ya era tarde, pues había degenerado en una afección pulmonar, que con el tiempo produjo la tisis, y era tristísimo oír a las dos fieles amigas, la una, convencida de su próximo fin, deplorando la soledad en que quedaba su compañera; la otra animándola y queriendo persuadirla de que su estado no era tan grave como suponía.

En cierta ocasión, dijo la enferma a Carlota: «Ni siquiera tendré el consuelo de dejarte lo que yo poseo...».

Su interlocutora le tapó la boca con la mano y no la dejó continuar, iniciando una conversación diferente.

Era cierto lo que Gabriela decía: había estado casada con un propietario que poseía varias casas en la ciudad, entre ellas la que la viuda ocupaba, y algunas fincas urbanas; pero todo debía pasar a un sobrino carnal cuando esta falleciese. Un apoderado, instituido por el difunto, lo administraba todo, entregando a la viuda el usufructo, que constituía una regular renta vitalicia.

En la primavera salieron al campo, y la enferma se reanimó algún tanto, pasó el verano, y los primeros vientos del otoño que hicieron desprenderse de los árboles las hojas amarillas arrebataron también aquella preciosa existencia.

Cuando con resignación cristiana recibió los últimos sacramentos, se avisó a los parientes, vinieron algunos y entre ellos el heredero que era un gallardo joven, el cual concluido el funeral dijo a Carlota (que ya estaba enterada del testamento y próxima a abandonar la casa) que había un medio de que continuase en aquella mansión y fuese dueña absoluta de ella, que consistía en unirse con él en matrimonio; a lo que contestó la joven cortésmente, que agradecía el honor que le dispensaba, pero que no tenía inclinación a tal estado, y mucho menos a enlazarse con una persona a quien hasta entonces no había tratado, y que estaba segura obedecía solamente al hacer tal proposición, a un impulso de generosidad.

Instada para que aceptase algún recuerdo de su amiga, quiso admitir tan solo dos cuadros: uno de ellos el de la Dolorosa, que ella decía era el origen de su conversión, y algunas joyas de poco valor.

Sola y sin recursos, determinó vender sus cuadros, y para probar fortuna se valió de un amigo de los pocos que le quedaban, y llevó a una tienda donde concurrían los aficionados a las bellas artes, su cuadro *Interior de la casa de Nazaret* que había concluido al principio de la enfermedad de su amiga. Allí lo presentó como de autor anónimo, y añadió que estaba en venta; fue muy elogiado y se vendió a un precio mayor de lo que ella esperaba.

Entre tanto, había mandado a París *La merienda en el campo* y obtuvo un premio, de manera que animada por un éxito tan feliz, tomó a su lado una viuda de edad avanzada, más como compañera que como sirvienta, y con ella se trasladó a Roma, patria de los artistas, donde pudo admirar buenos modelos.

Allí, sin familia y sin obligaciones, se consagra únicamente al arte, viviendo del producto de sus cuadros.

En cuanto a los de su malograda amiga, no se ha desprendido de ellos ni se desprenderá jamás. Los contempla diariamente con lágrimas en los ojos, y ha dispuesto que, después de su muerte, se restituyan a la familia de la autora.

El nuevo contertulio quedó sumamente complacido y aplaudió al tierno lector por la gracia y naturalidad con que había interpretado la bonita historia de Carlota, retirándose todos con deseo de reanudar tan agradable y útil entretenimiento.

LA JUSTICIA DE LA TIERRA

Si los que habitaban en nuestro país un siglo atrás pudieran salir de sus sepulcros, sin duda quedarían altamente sorprendidos al ver las conquistas de la civilización, los descubrimientos de las ciencias y los progresos de las artes y la industria.

La cuestión tan debatida de si la humanidad se va pervirtiendo de día en día, como aseguran algunos, o si se van por el contrario suavizando las costumbres, y los individuos y las colectividades caminan (aunque lentamente) hacia su perfeccionamiento, como pretenden otros, no la hemos de dilucidar en este pequeño libro, ni les interesa gran cosa a nuestros jóvenes lectores; pero en lo que no cabe ningún género de duda es en que, en el siglo pasado, nuestra nación era refractaria a todo progreso, a toda mejora material, en términos que en el reinado de Carlos III las calles de todas las poblaciones de España, incluso las de la Corte misma, carecían de alumbrado, y al intentar disipar su obscuridad con algunos faroles alimentados con aceite, el pueblo de Madrid se amotinó contra Esquilache, primer ministro a la sazón y autor de tal idea, y a palos y pedradas rompió los faroles, pidiendo a voces la destitución del ministro.

Pocos años antes de esta tentativa, y debido a la obscuridad con la que tan a gusto se hallaban los madrileños, ocurrió el lamentable suceso que vamos a referir.

Mariano Montes se llamaba el protagonista, y era un pobre albañil; pero tan bueno, tan honrado, tan caritativo... ¡Pobre Mariano!

Habitaba en compañía de su madre, una buhardilla en los barrios bajos, y ambos eran apreciados del vecindario, a pesar del poco tiempo que llevaban de permanencia, entre ellos, pues hacía apenas dos meses que se hallaban allí establecidos.

Sería la media noche, cuando el vecino del cuarto inmediato sufrió un grave accidente, y llamaron a su puerta pidiendo auxilio. Madre e hijo, que ya se habían entregado al descanso, se vistieron apresuradamente y se trasladaron a la casa vecina.

La mujer y los pequeños hijos del paciente lloraban, pero no acertaba la primera a tomar ninguna resolución.

—¿Saben ustedes el domicilio de algún médico?
—preguntó Mariano.

—Sí, por cierto —respondió la mujer—, y le indicó la residencia, no muy lejana, de uno que alguna vez los había visitado.

—Pues bien, yo iré a buscarle, y usted madre, le hará entre tanto alguna de aquellas medicinas domésticas que sabe.

Y salió ligero, deseoso de proporcionar algún alivio al que sufría. Avanzó por la desierta calle, que era larga y estrecha. No había salido la luna todavía; y así, aunque la noche estaba serena, reinaba la obscuridad en torno del joven; millares de puntos luminosos se divisaban en el cielo, en la tierra, uno solo y lejano: un farolillo que la piedad de los fieles encendía todas las noches, delante de una capillita que contenía una imagen de san Roque.

De pronto, interrumpió el silencio un gemido prolongado, el ruido sordo de un cuerpo que cae al suelo, y los pasos precipitados de alguno que se aleja. A esto sigue el estertor de la acronía, y Mariano, en vez de alejarse como hubiera hecho alguno más precavido

o menos valiente, corre hasta el lugar en que se percibe aquel siniestro rumor, y tropieza con un bulto atravesado en el arroyo.

Tampoco existían entonces las cerillas fosfóricas, pero el albañil llevaba consigo eslabón y «piedra de chispa», que así llamaban a un trocito de pedernal cortado al efecto, formando pequeñas aristas; sacó lumbre, encendió una pajueta que también tenía en el bolsillo, y vio con horror un caballero joven y bien vestido, con faz cadavérica y un puñal clavado en el corazón.

El compasivo Mariano dejó la pajueta en el suelo, puso una rodilla en tierra, y asiendo por el puño el arma homicida trató de extraerla, pero estaba profundamente clavada, la cogió con ambas manos, hizo un esfuerzo...

—¡Ave María Purísima! Las doce y media... —cantaba el sereno que entraba en la calle a la sazón, pero se interrumpió al ver la débil luz que brillaba en el suelo y descubrir vagamente el informe grupo. En aquel momento Mariano arrancaba el puñal, la víctima arrojaba un suspiro y expiraba.

Se sintió fuertemente cogido el compasivo joven por el brazo derecho, cuando todavía empuñaba el arma ensangrentada, que acababa de extraer de la herida. Se volvió y reconoció al sereno.

—Yo quería salvarle —dijo tranquilamente—, pero creo que hemos llegado tarde.

—¿Querías salvarle, eh? —repuso el sereno apoderándose del puñal, que el otro entregó sin resistencia.

Pidió socorro, acudió una patrulla y el infeliz se vio rodeado de gente armada, sin darse cuenta de lo que pasaba; algunas puertas se abrieron y en breve se formó un grupo bastante numeroso. Algunos llevaban faroles y Mariano pudo observar que todas las miradas se fijaban en sus manos y en su pantalón. Solo entonces observó con horror que tenía manchas de sangre.

Intentó huir, pero los mismos vecinos le cerraron el paso. Se creyó entonces presa de una atormentadora pesadilla, y empezó a exclamar:

—Señores, soy inocente. ¿Se sospecha de mí por ventura? He visto un herido a quien no conozco, y he tratado de prestarle auxilio.

—Con la punta del puñal —dijo el sereno con sorna.

Se había ido a buscar un alguacil que ató codo con codo al presunto reo, y escoltado por la patrulla fue llevado a la cárcel, mientras el sereno y los curiosos rodeaban el cadáver, esperando que llegase el juez, a quien también se había avisado.

El vecino enfermo no tuvo asistencia facultativa hasta muy entrado el día, y la madre del caritativo joven esperó con mortal inquietud la vuelta de su hijo, inquietud que se aumentó con la noticia que empezó a circular por el barrio, mayormente cuando las señas del supuesto asesino, que corrían de boca en boca, coincidían perfectamente con las del hijo que buscaba. No sospechó la pobre mujer que su Mariano fuese capaz de cometer un crimen, pero su instinto de madre le decía que había sido víctima de una equivocación.

Corrió a la cárcel, pidió permiso para ver al preso, y le dijeron que estaba incomunicado.

Se tomó declaración al presunto reo, que estaba más muerto que vivo, nada ocultó; y al presentarle el cuerpo del delito manifestó que le parecía era la misma arma que él había extraído del pecho del moribundo, creyendo mitigar sus sufrimientos.

Por fatal coincidencia, el puñal tenía grabadas en la hoja dos «emes», esto es, las iniciales del nombre y apellido del desgraciado preso, de manera que todo inducía a creer que por robar al caballero, en cuyo cadáver se hallaron alhajas y dinero, le había asestado una puñalada con un arma de su pertenencia, y se preparaba a repetir el golpe cuando fue sorprendido.

Al levantarse la incomunicación, le visitó su madre y los vecinos; pero quien le prestó mayores consuelos, en aquella triste situación, fue el confesor de su madre, que era un sacerdote joven, simpático, de acrisolada virtud y caritativos sentimientos, el cual le hablaba siempre de Dios y le exhortaba a poner su esperanza en el cielo. Le prometió también hacer cuanto humanamente pudiese por suavizar el castigo, ya que no fuese posible evitarlo.

En efecto, el fiscal pidió la pena de muerte (que entonces se aplicaba con más frecuencia y menos

escrúpulo que en el día), pero el abogado defensor, asesorado del buen sacerdote, supo sacar gran partido de las circunstancias de no haber visto nadie descargar el golpe mortal y de haberse hallado la pajueta ardiendo en el suelo, siendo así que ninguno sino él podía haberla encendido, y que no se busca luz para cometer un crimen. Era joven también, deseoso de fama y dotado de nobles sentimientos, de modo que puso empeño especial en librar de la pena capital a su patrocinado, a quien defendió con elocuencia, ayudándole a conseguir su noble intento las declaraciones de los vecinos y compañeros de trabajo de Mariano, y sus honrados antecedentes.

Fue condenado a veinte años de presidio y conducido a Ceuta con otros penados. Con inmenso dolor, aunque con resignación cristiana, se conformó con su triste suerte, aconsejado y fortalecido por el ilustrado capellán, que no le abandonó hasta el momento de su partida.

La madre no pudo soportar golpe tan cruel, y falleció pocos días después de la marcha de su buen hijo; él sobrevivió algunos años, pero murió sin extinguir su condena.

Como quien escribe estas líneas y los lectores de las mismas estamos bien convencidos de su inocencia, suponemos que la justicia divina, que nunca yerra, habrá compensado con creces los sufrimientos y perjuicios que le causó la imperfecta justicia de la tierra.

Triste impresión produjo la historia que acababa de leerse, y María y Conchita dijeron casi a la vez:

—¡Pobre Mariano!

—¡Pero que bárbaros eran nuestros antepasados, papá! —dijo Pepito.

—Niño, trátalos con más respeto —repuso su padre.

—Lo digo porque si hubiera habido en Madrid un buen alumbrado, como ahora, ni el verdadero culpable del crimen que he leído (movido tal vez por un miserable deseo de venganza) se hubiese atrevido a cometerle, ni, una vez consumado, se hubiera podido escapar tan fácilmente, dando lugar al lamentable error de que el honrado albañil fue triste víctima.

—¿Has inventado tú el gas y la luz eléctrica?

—No, señor, no soy tan sabio.

—Pues compadece a los que no disfrutaban tales ventajas, y da gracias a los que han estudiado y trabajado para alcanzarlas.

—Vamos, que tiene algo de razón Pepito —dijo Emilio interviniendo—, porque eso de romper a pedradas los faroles es un acto de salvajismo altamente reprochable.

—La ignorancia era la causa de muchas cosas que hoy no podemos explicarnos, y otras que nos parecen más reprehensibles de lo que eran en realidad —contestó don Ignacio—. Bendigan al Señor, hijos míos, porque han tenido la suerte de nacer en una época en que la instrucción difunde su luz bienhechora por todos los ámbitos de nuestro país, y está al alcance de todas las fortunas.

RISAS Y LÁGRIMAS

Clotilde y Amparo eran dos jóvenes bien educadas, huérfanas de madre, hijas de un oficial retirado que tenía además dos niños de corta edad. La mayor era hermosa, y estaba tan persuadida de ello, que se preocupaba poco de la estrechez en que vivía la familia, gastando horas enteras en arreglar su peinado, en cambiar de forma un traje, o en hacerse un lazo o una corbata; la menor, que era Amparo, tenía el rostro menos bello, pero el alma mucho más hermosa; por eso cuidaba poco del ornato de su persona, presentándose con aseo, pero muy modestamente vestida, y consagrando todo su tiempo a las faenas domésticas para ahorrar a su padre una criada, cuidando además de la ropa de sus hermanitos, y de que nada faltase a la comodidad de todos.

Si alguna amiga invitaba a las jóvenes a dar un paseo, asistir con ella al teatro u otra diversión, siempre era Clotilde la que se aprovechaba de las invitaciones, quedando Amparo para tener cuidado de la casa, poner en la cama a los hermanitos, y trabajar hasta muy entrada la noche.

Su padre extrañaba a veces ver en su joven hija esta afición al retiro y la abnegación con que cedía siempre a su hermana las proporciones de disfrutar un poco de la sociedad, mas Amparo contestaba que el carácter de Clotilde, y hasta sus gracias físicas, la hacían más a propósito para brillar en las reuniones y paseos.

En esta situación continuaban las cosas, cuando quiso la suerte que un comerciante acaudalado se prendase de los atractivos de Clotilde y pidiese su mano; mas como no hay felicidad completa en este mundo, coincidió con la demanda que tan dichosa hubiera hecho a la familia, una enfermedad del jefe de ella, que aunque parecía leve al principio, se agravó en términos que frecuentemente le obligaba a guardar cama y era raro el día que sus dolencias le permitían salir de casa.

El enlace de Clotilde se celebró sin regocijo y ella salió a viajar en compañía de su esposo, estableciéndose a su regreso en una lujosa habitación, en la que disfrutaba toda clase de comodidades, y asistiendo a las fiestas y espectáculos, casi por completo olvidada de la triste situación de la familia.

Los años pasaban sin restituir la salud al pobre enfermo; la triste Amparo se consagraba por completo al cuidado del anciano, no había conocido las flores de la vida ni las risas de la juventud, y el llanto corría con frecuencia por su pálido semblante.

Alfredo, el mayor de los hermanos, había entrado en el colegio de artillería, donde alcanzó una plaza gratuita, como hijo de un oficial benemérito y desgraciado; y el menor, Gonzalo, cursaba al lado de su padre y hermana los estudios de segunda enseñanza.

Si notable contraste ofrecían el carácter de Clotilde y Amparo, no era menos curioso el de los hermanos varones, pues Alfredo era juicioso, aplicado y de ejemplar conducta; mientras, Gonzalo, perezoso, irreflexivo y de carácter indómito, daba no pocos disgustos a su familia, contribuyendo a la desgracia de la resignada y paciente doncella.

El primer pesar que, en medio de su egoísta satisfacción, experimentó Clotilde fue la pérdida de una hermosísima niña con que el cielo la había favorecido, y a quien ella amaba con idolatría, desgracia que tuvo lugar

en los mismos días en que el hermano había salido del colegio, terminada su carrera.

La fue a ver y le dirigió algunas frases de consuelo: luego, como ella siguiera derramando lágrimas que la presencia del hermano había provocado, y se excusase por ello, contestó:

—Llora en buena hora, Clotilde, no te había visto nunca llorar y lo sentía.

—¿Lo sentías? ¿Por qué? —replicó sorprendida la joven.

—Porque había llegado a sospechar que no tenías corazón.

—¿Acaso hay alguien que no le tenga?

—No hablo yo de ese «órgano impulsor del aparato circulatorio», como dicen los médicos, que eso es claro que lo tenemos todos; sino de la sensibilidad, esa que algunos llaman facultad funesta, porque como en este pícaro mundo son más los sinsabores que las satisfacciones, el que está dotado de una sensibilidad exquisita siente con

mayor vehemencia las frecuentes amarguras y dolores, que no bastan a compensar los escasos goces, por más que también los sienta con mayor intensidad.

—Pues en ese sentido vale más no tener corazón.

—No digas eso, hermana mía. ¿Sabes la leyenda de los corazones de piedra?

—No.

—¿Quieres que te la cuente, y te distraerás?

—Cuenta.

«Luis era un joven sensible que había perdido en poco tiempo a su madre y a su amada, había sufrido algunos reveses de fortuna y no pocas decepciones; de modo que en lo más florido de la edad había llorado y sufrido mucho.

Los médicos y los amigos (fingidos o verdaderos) le aconsejaban que diera largos paseos. Una tarde montó a caballo y dejó al noble animal que siguiese el camino que mejor le pareciera.

El mes de mayo tocaba a su término, de modo que la vegetación se ostentaba fresca y lozana; el camino que seguía estaba cubierto de florido césped, y algunos arbustos, también en flor, prestaban al aire suavísimas emanaciones; en los verdes copudos árboles cantaban el alegre jilguero y el meliflúo ruiseñor; y blancas mariposas y otros insectos de colores revoloteaban alrededor del viajero, que sentía su espíritu embargado por una dulce melancolía.

—¡Amelia de mi alma! ¡Madre querida! —decía entre sí—. ¿Por qué no puedes participar de esta deliciosa emoción, por qué no puedo comunicarte mis gratas impresiones?...

Un canto popular entonado por una voz varonil y otra fresca y argentina interrumpieron el curso de sus ideas. Eran un ciego y su mujer que imploraban la caridad de los transeúntes, él acompañaba el canto con una guitarra, y ella sostenía en sus brazos una niña de pechos, que tendía sus tiernas palmas al conmovido joven, el cual hizo seña a la mujer para que se acercase y entregó algunas monedas a la parvulilla. Los mendigos le colmaron de bendiciones, y mientras una lágrima surcaba su mejilla exclamó:

—Quisiera tener un corazón de piedra.

No bien hubo pronunciado estas palabras, surgió ante sus ojos un gran edificio, cuyas puertas estaban de par en par abiertas. “Hola —pensó—, esto no estaba antes aquí, o yo no había reparado en ello; de todos modos, me siento un poco fatigado, y voy a ver si me permiten descansar”; y apelándose, ató su caballo a un árbol y cruzó el ancho vestíbulo. Le salió al encuentro una hermosa dama y le dijo:

—He oído tu exclamación y estoy pronta a satisfacer tu deseo —y tomándole de la mano le introdujo en una habitación, mostrándole un armario en uno de cuyos departamentos había alineados varios corazones de piedra, y en otro, sendas vasijas de cristal que contenían corazones humanos.

—Mira —le dijo la dama—, yo soy un hada, dueña de este palacio, y para complacer a los que lo desean, tengo estos corazones que sin dolor físico ni operación de ninguna clase, gracias al gran poder de que estoy dotada, pueden cambiar los humanos por el que tantos disgustos les ocasiona. ¿Ves todos estos? —añadió señalando a los frascos—, son cambios que he efectuado y los guardo

aquí por si se arrepienten y vuelven a buscar el suyo, porque has de saber que se puede deshacer lo hecho, lo cual es una ventaja.

—No volverán —respondió el visitante.

—¡Quién sabe, los mortales son tan caprichosos!...
¿Con que quieres cambiar?

—Sí, sí.

El hada tocó con una varita al joven y le hizo sentar en un canapé, sobre el cual se quedó dormido.

Poco duró su sueño y al despertar le dijo la dama:

—He aquí tu corazón —y le mostraba un frasco igual a los otros—. Tú tienes uno como estos.

Sin sentir alegría ni gratitud, ni enojo ni arrepentimiento, se despidió de la dueña del palacio.

A su regreso, los pájaros cantaban en las ramas, el aura producía los mismos suaves murmullos, las flores exhalaban igual fragancia; mas para nuestro joven todo aquello pasaba inadvertido, sin producirle la menor emoción.

Llegó a su casa, cenó sin apetito, encontrando los manjares desabridos, y se retiró a su dormitorio. Por costumbre, antes de recogerse sacó de su secreter un rizo de cabellos de su amada, una flor marchita, la última que ella había llevado prendida en el pecho, y un rosario de azabache con el cual había rezado su anciana madre.

Aquellos objetos, recuerdos sagrados que otras veces había besado y bañado con sus lágrimas, le parecieron ridículos y casi asquerosos, y estuvo tentado de arrojarlos por el balcón, pero por fin volvió a guardarlos resuelto a no tocarlos más.

Al día siguiente quiso distraerse, o mejor dicho «emocionarse», y asistió a una corrida de toros: Un banderillero fue cogido, volteado por el toro y arrojado al suelo casi exánime; mientras los demás espectadores lanzaban gritos de terror, él no sentía la menor compasión.

Por la noche asistió al teatro para oír por primera vez una famosa tiple, que era la delicia de los aficionados; y su voz dulce y armoniosa, que arrancaba aplausos a cada momento, fue para el joven un ruido cualquiera, como los aullidos de un perro.

Al rayar el alba, se dirigió al palacio del hada, y presentándose a ella le dijo:

—Devuélveme mi corazón, porque quiero experimentar las penas y las dulzuras de este mundo, en una palabra “quiero vivir”.

—¿No te he dicho yo que algunos vuelven?
—respondió ella sonriendo. Y de nuevo ejecutó el cambio».

—¡Qué leyenda tan inverosímil! —observó Clotilde.

—¿No te ha gustado?

—No.

—Pues al menos, te habrá distraído.

—Mira, yo en esta ocasión me alegraría de tener el corazón de piedra, para no sentir tanto la muerte de mi hija.

—Ese sentimiento, hoy tan vivo, se irá cambiando con el tiempo en una vaga melancolía y conservarás un grato

recuerdo de la niña como de un ángel que ha visitado tu hogar y se ha remontado otra vez al cielo. Por lo demás, yo me alegro de tener compasión y sensibilidad, y de que la tengan mis hermanas. Si Amparo no la tuviese, ¿qué hubiera sido de nosotros en nuestros primeros años? ¿Qué sería hoy de nuestro anciano padre? Si todos los corazones fuesen duros e insensibles, ¿qué sería de la humanidad triste y desvalida?...

—Chico, para militar eres demasiado poeta —dijo Clotilde, algo picada.

El artillero cambió de conversación.

Algunos años después, murió el padre. Alfredo, que se había casado con una señorita discreta y virtuosa, y era padre de dos hermosos niños, llevó a su lado a su querida Amparo, viviendo los tres en íntima unión.

Hoy, el jefe de la familia ocupa un elevado empleo en la milicia, y la hermana que se ha negado a contraer matrimonio, por no separarse de sus amados hermanos y angelicales sobrinitos, vive adorada de todos, estimada de cuantos la tratan, y bendecida de las muchas familias a quienes prodiga sus beneficios.

Gonzalo se ha corregido un poco, pero sigue siendo bastante calavera. Desempeña una notaría, que le rinde pingües ganancias, aunque no tantas como necesitaría para sus prodigalidades.

Terminada la lectura, los amigos se separaron deseándose un tranquilo sueño.

“ Un ángel me avisó sin duda, pensaba Paquita,
si yo aguardo a concluir la flor que bordaba,
mi hijo muere ahogado...

Colección
Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE

LIMA